

la. A lo más, decide, ¡no como ha de ser el marido, sino «lo que ha de ser». Dicen que los muchachos que van para hombres, sueñan con mujeres bonitas, rubias, morenas, altas, metidas en carnes ó idealmente descarnadas, según el temperamento de cada cual. Las niñas que van para mujeres, lo sé por experiencia y por confidencias, sueñan con un hombre ingeniero, ó marino, ó militar, ó médico, ó torero, ú oficinista, también según el concepto especial que de la felicidad les dicte su disposición orgánica. ¿Por qué esta diferencia en el imaginar espezanzado entre ellos y nosotras? Sin duda porque cada uno sueña con lo que no tiene. Atrafagados ellos por la vida, sueñan con la belleza estática, á modo, no sé si decir de esencia ó de cualidad, algo, en fin, que les sirva de deleite y reposo, y nosotras, privadas, por absurda crueldad de las costumbres, de responsabilidad social, despojadas del derecho á «hacer vida», cristalizamos—¡ah!—en el hombre soñado las ansias de esa actividad que ha de quedársenos para siempre sin empleo. Y así, las de imaginación aventurera lanzan al amado ideal á afrontar los riesgos de guerras, mares ó bravas lidias con astados brutos; las

de voluntad medrosa le sueñan sujeto á la seguridad de un sueldo fijo y una voluntad ajena; las compasivas le consagran al bien de la humanidad doliente; las ansiosas de bienes materiales le sueñan acaparando metales preciosos tras las rejillas de una casa de banca; las ambiciosas, dirigiendo pueblos desde una presidencia de Consejo. ¡Pobres mujeres, condenadas por siempre á vivir nuestro ideal en cabeza ajena; farranduleros inválidos, que hemos de representar nuestra farsa en teatrillo de fantoches, moviendo los muñecos entre bastidores con mal disimuladas cuerdas vergonzantes! Este es todo el secreto, chiquilla, del don de apostolado que, místicos y no místicos, reconocen y ensalzan en la mujer. ¡Pobre soldado con las piernas rotas, quisiera con sus voces animar á los que corren al asalto de la fortaleza de sus sueños! ¡A voces! Sueño también: de poco sirven apostolados mueriles, aunque el amor mismo dicte las pláticas y las riegue el llanto con la misma sangre del corazón! ¿Querrás creer que, amando yo desafortadamente á mi señor esposo y siendo amada por él ¡de eso estoy bien segura! con no menos fuego, no puedo conseguir que deje de

fumar ¡en la camal unas horribles tagarinas que son todo su encanto y que á mí me ponen loca de indignación? Los hombres son monstruosos: están dispuestos á dar por tí la vida, y no te sacrifican un cigarro. Verdad que ellos disculpan este refinadísimo egoismo diciendo que es impropio de la gran dignidad del amor ofrendarle tan leves sacrificios...—¡Pídeme lo que quieras, lo que quieras; pero grande, difícil, estupendo!—Con lo cual como, naturalmente, no todos los días hay una cabeza de Bautista que exigir en pago de un paso de danza, las mujeres acaban por no pedir, y el hombre, satisfecha la conciencia por el heroísmo latente de su amor, vive en el mejor de los mundos.

Como íbamos diciendo, una tibia mañana de marzo, viniendo yo de casa á la universidad por la alameda que tan bien conoces, mientras miraba las ramas de los álamos, que, hinchadas, comenzaban á dejar escapar la plenitud de savia en la espuma de hojuelas verdeantes y tiernas, y sorbía por todos los poros de mi cuerpo el halago del sol primaveral y del aire mañanero que aún tenía sabor á nieve de la sierra—¡vaya un parrasito bucólico! ¿eh?—viniendo yo, digo, de

casa á la Universidad, con los libros debajo del brazo, si bien olvidada de toda geométrica ó zoológica preocupación, formulóse en mi mente la pregunta antedicha: ¿Dónde estará el hombre con quien me he de casar?

Por las razones metafísicas antes apuntadas, y, curiosa de espíritu, curiosa ante todo y sobre todo, tenía desde la más tierna infancia concretada mi visión de «ser complementario» en un ente investigador: mi hombre ideal había de ser sabio ó, al menos, trabajar por serlo. Claro es que no había yo definido el matiz de la investigación: tan pronto veía á mi sabio quemándose las pestañas sobre el clásico polvoriento in-folio, como sobre la no menos clásica retorta; ya rompiendo pedruscos á martillazos, ya clavando en cartones mariposas, ya escalando cimas en busca de hierbas, ya desenterrando ciudades en estudio de muertas civilizaciones. Le veía, y me veía á mí con él, siempre con él, ratón de biblioteca ó aprendiz de alquimista, ya que con tanta vocación me sentía para ordenar herbarios como para andar á caza de raíces. ¡Y puede que los hombres se figuren que siempre que soñamos con ellos anhelamos tenerlos

de hinojos ante nuestra hermosura, diciéndonos ¡te adoro! con balbuciente lengua! Por ahí los novelistas han hecho cundir la conseja de que toda mujer viene al mundo enamorada de un príncipe sin nombre... ¡Pobre imaginación masculina, que al ponerse á fingir aspiraciones femeniles no acierta á ir más allá de un pueril cuento de hadas!

Así las cosas, en cuanto bajo aquellos álamos, y en aquel aire fresco y fragante hubo cuajado la interrogación, yo me dí á buscarle respuesta, pasando revista á los ambientes por donde acostumbraba á levantar el palacio de mis ilusiones. Y acaeció que ninguno de los habitantes me satisfizo completamente: tanto el laboratorio goethiano como la telarañosa biblioteca se me antojaron teatrales y sin consistencia; las montañas propicias á la herborización, cosa remota; las ciudades desenterradas, cosa novelesca: en suma, á todos mis ambientes preferidos les faltaba un elemento de realidad, una nota de posibilidad, de actualidad esencial—si así puede decirse: Y las figuras de sabio que la fantasía otras veces se había complacido en hacer vivir dentro de ellos, parecióronme también ridículos muñecos rellenos de paja, espantapája-

ros lamentables y feos, figuras de cera con trajes de guardarropía y pelucas de estopa. Decididamente, mi futuro marido no andaba por allí... pero, entonces ¿habría de quedarme soltera?

La alameda se interrumpe á la orilla del río; hay un puente; pasado el puente, está la muralla, y entre las brechas de ella, algunas casas nuevas asoman al campo sus caras nuevas y recién lavadas: quiero decir, sus fachadas blancas con persianas verdes. Yo, al pasar la muralla, por el portillo de los Santos Mártires, miré las casas y me entretuve como una criatura en ir nombrando á sus habitantes:—En esa vive don Roque el médico; en aquella del mirador, doña Tulita, la cubana; aquellas ventanas con tiestos de claveles son las del administrador del Hospicio; aquel balcón del toldo á listas es el del escribano; aquel otro donde está un gato negro tomando el sol es el de don Raimundo de la Gala. ¡Y sí que es el balcón simpático y el gato hermoso! ¿Tendrá un gato negro el señor catedrático por superstición ó por gusto? Y la casita está muy bien situada: mejor que ninguna de las de la muralla; debe de tener unas vistas soberbias ¡ya lo creo! el río, y toda la vega,

y la alameda, y el arrabal... hasta mi casa se debe de alcanzar desde ese balcón; sí, desde la azotea de mi casa debe verse el balcón de don Raimundo; en cuanto llegue esta tarde, subo á verlo... Distraída por la casa, y el balcón, y el gato, olvidé á mi parecer al amante: calle Real arriba, iba dejándome pensar. El balcón aquel debe de ser el de la sala; pero como el doctor no tiene de seguro visitas de cumplido, habrá hecho de la sala despacho: allí es donde trabaja, fijamente, para gozar el airecito fresco que sube del río; ahora sin duda estará trabajando... son las nueve y media, y no tiene clase hasta las once. —Es de advertir que yo, inocentemente, tenía al dedillo el horario de clases del señor catedrático. —¡Trabajando! Qué bien se debe de trabajar al sol en estas mañanas de marzo, con la mesa frente al balcón y al río, y á la vega, y á la alameda, y al arrabal... y en las noches de invierno también, con el balcón cerrado, y dos buenos troncos en la chimenea, y un vasito de ponche de huevo y ron, bien caliente, para aclarar la inteligencia y diferenciar las ideas, un vasito de ponche del que yo sé hacer... es decir, dos vasitos, porque ¿habrá que ad-

vertir, Carlota de mi alma, que en toda esta visión me había yo sentado con la mayor osadía á la propia mesa de trabajo del mi don Raimundo, frente por frente á él...? Al darme cuenta, por el detalle de los dos vasos, de que estaba contestando, en deseo, á mi pregunta, primero sentí un poco de confusión—pudor natural puesto que por primera vez había colocado una cabeza real y masculina sobre los hombros del esposo ideal—y luego me eché á reir como loca. ¡Yo, yo, yo, Teresita Alcaraz, con mis diez y siete ilusionados, soñadores, embrujados y radiantes septiembres, yo, esposa de un señor, sabio, sí, pero viejo, y burlón, y antipático, y rarísimo! Porque dicen—seguí yo diciendo—que es extravagante como no hay dos, y que no come nunca á sus horas, y que no deja que entre nadie en su cuarto á limpiar el polvo, y que duerme con los huesos fósiles, y que fuma en la camal—¡Ay de mí, esta última imperfección, como te he dicho antes, es por desgracia cierta! —¡No, muchas gracias! No está mi primavera para aguntar otoños eruditos. ¡Qué le aguante su doña Ramona! ¡Ay de mí, que apenas hube pronunciado «in mente» el nombre de la dama en cuestión, me

asaltó el pecho una inquietud extrañal. Doña Ramona era, como sabes, el ama de gobierno del buen doctor. Supongo que no habrás olvidado la peluca rubia, los polvos de arroz y el carmín fementido con que sus carenta pasados pretendían conservar la ilusión de los muy más pasados veintinueve. Doña Ramona tenía fama en X... de comadre insufrible é insuperable cocinera; doña Ramona, aun cuando iba á la plaza todas las mañanas á pelo descubierto, se ponía mantilla y blusa de seda para ir á pasear á la Alameda las tardes de domingo; doña Ramona, si bien al nombrar á su amo, le llamaba «el señor», empleaba hablando de asuntos domésticos, plurales alarmantes: «Nos han subido el cuarto», «hemos comprado ayer una partida de melones de cueлга». Doña Ramona, en fin... Yo era bien inocente todavía aquella primaveral mañana, Carlota de mi corazón; juro á Dios que el limpio pensamiento no se me fué á manchar en la aprensión de familiaridades escabrosas; sin embargo, la visión de un elemento femenino en la intimidad de mi buen doctor, me desazonó, como digo, extraordinariamente. ¿Por qué aquella mujer odiosa y su peluca habían de te-

ner derecho á presentarse de mañana en la alcoba del señor catedrático, para abrir los postigos y dejar entrar la luz recién nacida? ¿Por qué aquellas manos aborreciblemente regordetas habían de coserle la ropa y aderezarle el yañar? ¿Por qué aquella boca con dientes postizos había de poder decir «compramos» hablando de adquisiciones hechas con el dinero «suyo», de él, si señor, de él...? ¡Qué ser tan odioso es un ama de llaves!

—Sabes que hemos traído esta mañana una conversación divertidísima me dijo en la puerta de la Universidad, el hermano de tanda. ¡Pobre muchacho! La verdad es que tengo unos hermanos admirables. Hoy he recibido carta de los siete: me dicen que desde que faltó yo de allí, ninguno tiene ganas de armar ruido, y que mi padre, que siempre se estaba lamentando de que no le dejábamos meditar á gusto con nuestros alborotos, ahora dice ocho ó diez veces al día, en tono mucho más lamentable que nunca:—¡Pero que silenciosa se ha quedado esta casa!

7 DE SEPTIEMBRE

El encanto de la primavera es de una suavidad más bien inquietante: al menos

á mí me lo ha parecido siempre. Acaso dependa ello de que, rapaza escolar, siempre he tenido tras la tibia sonrisa de mayo la aprensión de los exámenes que llegan. Desde Semana Santa á mediados de junio hay pocos estudiantes, aún de los buenos, como esta tu humilde servidora, que no envidien al trapero que encuentran en la calle de mañanita, atrafagado sobre sus montones de inmundicia, al cartero que, á mediodía ven pasar jadeante llevando noticias que no le importan, al picapedrero que, en la vuelta á casa al atardecer, encuentran machacando y sudando por las cunetas de la carretera, á todo ser humano, en fin, que no se tiene que examinar dentro de cuatro ó de tres ó de dos semanas ó días. ¡Temo que este tormento general y periódico impuesto á toda la juventud inteligente de un país contribuya á la degeneración de la raza! A mí, por lo menos, me hacía degenerar de un modo indudable: adelgazaba y empalidecía, perdía el apetito y la en toda otra época inagotable gana de reír; mi madre aseguraba que no bastaban huevos frescos y leche recién ordeñada para reparar durante los meses de verano el estrago de mis primaveras. En esta de que va-

mos hablando el daño fué de más importancia: no sólo me quedé flaca como un hilo, amarilla como una candela, seria como un poste, sino que perdí el hasta entonces inalterable equilibrio nervioso. Estaba á días de mal humor, me impacientaba, reñía con mis siete hermanos, y á la caída de la tarde subía á la azotea, miraba al río, contemplaba los álamos... y me echaba á llorar. Mi madre se alarmó, y, clarividente en cuanto á la causa de tantos malestares, se dió á pensar: Esta chiquilla debe de estar enamorada. Comunicó la aprensión á mi padre, que abrió unos ojos tamaños y le aseguró que veía visiones; él seguía estudiando mi «diario íntimo» y no había encontrado en él señales acusadoras del tremendo fenómeno. ¡Imposible! Mamá, un poco incrédula en punto á adivinanzas psicológicas por escrito, dejó en paz á mi psicólogo padre, y llamó á capítulo á los cuatro hermanos mayores que se repartían el honor de acompañarme á la Universidad. Si grande había sido el asombro de mi padre, mayor fué el de mis cuatro hermanos y aun más enérgica su negativa. ¡Teresita novio! ¡Imposible! A un hermano mayor siempre le parece imposible que á nadie se le ocurra ena-

morarse de su hermana. Mamá insistía: ¿Pero algún compañero de clase? Ellos se daban por muy ofendidos: ¿Lo habíamos de haber consentido nosotros? Mamá seguía interrogando: ¿Pero algún profesor?—Mucho menos: precisamente todos los del primer curso de Ciencias están casados. ¡Que no y que no!

Entre tanto mis nervios seguían alterándose de un modo alarmante: mi madre, cansada de andar por las ramas, decidió ir al tronco, es decir, habérselas conmigo. Fué un melancólico atardecer en la azotea, donde la madre selva trepadora comenzaba á embalsamar el aire con sus primeros prematuros búcaros:—Vamos á ver, Teresita, hija mía ¿qué te pasa?—Yo, con la mayor sinceridad:—Nada, madre.—¿Estás mala?—No, madre.—¿Te duele algo?—No, madre.—¿Por qué no comes?—Porque no tengo gana.—¿Por qué te pones tan de mal humor?—Porque me da rabia.—¿De qué?—No sé, de todo: me molesta el ruido, me molesta el silencio, me molesta que la gente esté alegre, me molesta que la gente esté triste; además la vida es una cosa estúpida.—¿Por qué, hija mía?—¡Que se yol porque no sirve para nada... para nada. Ya ves, yo estudiando, estu-

diando ¿para qué? Para sacar muchos sobresalientes ¿y qué? y aprender cuatro cosas inútiles, y enseñárselas luego á otras infelices que se las enseñarán á otras, y á otras, y á otras... ¿y qué? Después de todo ¡nada!—Mi madre dió un suspiro de aprobación: tampoco ella creía en la importancia esencial del saber: para ella la ciencia representaba únicamente la posibilidad de lograr una cátedra y asegurar el pan á una familia; no contradijo, pues, mi desolada afirmación, pero se asombró de que á mí, mujer al cabo, pudiese afligirme una cosa de tan poca trascendencia práctica.—¿Y eso te pone triste, hija mía?—Eso y todo, madre.—¡Cómo todo! ¿Qué es todo?—Todo, pues todo: nace una para que nazcan otros, y morirse, y nacerán los otros para que nazcan otros y morirse también... es una estupidez, madre, una estupidez completamente inútil,—Dicho lo cual, me eché á llorar amarguísima-mente. Mi madre empezó por quitarme el libro que tenía en las manos: no tenía la culpa el pobre libro, que era sencillamente el texto de Química general: luego me cogió en brazos y comenzó á besarme despacito en la frente, en los ojos, á alisarme el pelo... y lloraba, llo-

raba á más y mejor, callando, á lagrimones ¡y me daba un gusto tan grande llorar! Iba anocheciendo: el viento tibio y perfumado me barría la cara como un beso de los que apenas rozan la piel y no se acaban nunca... Lloraba, lloraba: mi madre me dejaba llorar; cuando al cabo se me agotó la fuente de las lágrimas, estrechándome más contra el pecho y hablándome en voz queda:—Dime la verdad, Teresita—me dijo—la verdad ¿sabes? porque á mí me la puedes decir, que te quiero más que nadie en el mundo: tú tienes novio ¿verdad hija mía, verdad que sí?

¡Novio! De un salto, abandonando el regazo maternal, me planté al otro extremo de la azotea.—¿Novio yo? No, madre no: ¡te juro que no tengo novio!—Y volví á llorar con más desconsuelo que nunca.—¡Te juro que no, te juro que no!—Pero hija mía,—replicó mi madre, no poco alarmada ante la violencia de mis negaciones,—si no tendría nada de particular.—Es verdad, pensé yo,—vuelta á la realidad por las sencillas palabras de la buena señora;—después de todo no tendría nada de particular el que á mí me hubiese salido un novio... como á otra muchacha cualquiera, pero no me

ha salido ¡eso es!—Mi madre sabe bien que yo no miento nunca: creyóme, pues, bajo palabra, y volvió á echar la culpa de todos mis trastornos nerviosos á la ciencia pícara. Por aquellos días tuvo unos cuantos altercados con mi padre, por la manía de hacer estudiar á esta pobre criatura como si fuera un hombre: mi padre aseguraba, con verdad, que yo estudiaba porque me daba la realísima gana; mi madre no entendía que una cosa que se hace por gusto pueda quitar el apetito y alterar el sistema nervioso; yo seguía llorando al anochecer sin querer convencerme tampoco de que el amor tuviese nada que ver en el negocio. De los novios posibles, entre mis conocidos, ninguno me inspiraba ei menor deseo ni aún de conversaci6n; de aquella visi6n profética al pie de los balcones de don Raimundo de la Gala no me quedaba más que un recuerdo leve y risueño, como de algo absurdo que hemos soñado en una hora de humor funambulesco; seguía viendo al señor catedrático, todos los días, al entrar ó al salir de clase, al cruzar el claustro ó el jardín botánico, al pasar por la biblioteca; tenía una especie de respeto burlón; me reía de sus lentes de oro, y una vez que